que habian emigrado de Italia porque se avergonzaban de tener semejante Gobierno, pero no creyendose seguro allí, atendido que el Dictador podria muy bien perseguirle de nuevo por creerle hombre peligroso, hizo sus preparativos para alejarse de dicha ciudad. Al cabo de un mes reunió los fondos necesarios, y una vez madurados sus planes, emprendió la marcha con su compañero Rossetti en direccion á Rio Grande, á cuyo punto llegó sin contratiempo.

En Rio Grande habia estallado un sangrienta revolucion porque el pueblo, cansado de sufrir el yugo del Emperador del Brasil, habia resuelto proclamarse independiente á toda costa. La capital, Porto Allegro, estaba en poder de los imperiales, y Pirantinino, principal ciudad de la provincia, era el foco de la revolucion. A Garibaldi le gustó tanto aquel país como la América del Sur; pudo recorrer libremente sus estensos valles y verdes praderas, y olvidó por el pronto sus padecimientos y penalidades. La República de Rio Grande estaba situada á lo largo de la Laguna de los Patos, que podrá tener unas cien millas de longitud, y el territorio no es muy estenso, pero la poblacion es muy guerrera, y entonces ardia en deseos de sacudir el yugo imperial.

Los patriotas italianos fueron muy bien recibidos por Almeida, ministro de hacienda del nuevo Estado, el cual les dijo que el Presidente Bento Gonzalez, el mismo que habia facilitado patentes de corso á Garibaldi algun tiempo ántes, se hallaba ausente. Bento Gonzalez era un hombre de reconocida rectitud y valeroso, y aunque no habia sido muy afortunado como militar, todos apreciaban sus eminentes cualidades para el primer cargo de la república. Garibaldi y Rosetti que no querian permanecer ociosos, rogaron al secretario que les permitiese ir á reunirse con el Presidente, el cual acababa de organizar una espedicion con su caballeria para rechazar algunas fuerzas enemigas que se habian internado en el país, pero no hubo lucha porque aquellas se retiraron, y entonces Gonzalez, y sus dos aliados se dirigieron á Pirantinino, donde Garibaldi recibió del Presidente el nombramiento de Comodoro de la república.

CAPITULO VI.

Espedicion marítima.—Empresas y hazañas de Garibaldi.—Entusiasmo que inspiraba á su gente y á los habitantes.—Se enamora.—Defiende una casa atacada por 150 austriacos, y auxiliado despues por algunos de sus hombres, los derrota completamente.—Espedicion al Atlántico.—Naufragio.

«La casualidad influye mas que el génio en los acontecimientos de la guerra y en la suerte de los héroes.»

GARIBALDI.

Lo primero que tuvo que hacer Garibaldi fué armar dos barcos anclados en el rio Camacua, que desemboca en la Laguna de los Patos, y acto contínuo reclutó su tripulacion que se componia de treinta hombres de diversas naciones, los cuales, por su carácter, por su diversidad de tipos y su lenguaje, parecian mas bien la tripulacion de un pirata que la del buque de un Estado. Entre aquella tropa habia tres hombres con cuyo valor y buena voluntad podia contar Garibaldi, y eran estos, Luis Carniglia, su íntimo amigo; un breton de estatura colosal, á quien sus compañeros llamaban *Juan el Gordo*, y un tal Francisco, francés de nacimiento. En cuanto á Rosetti, habia per-

manecido en Pirantinino, y Garibaldi marchó directamente á Camacua, donde encontró un auxiliar mas importante de los que hasta entonces habia tenido, en la persona de Juan Griggs, un americano de los Estados Unidos, hombre que se encargó de armar las dos corbetas, desempeñando su cometido con la mayor actividad.

Garibaldi, Griggs y las tripulaciones, trabajaron sin descanso durante dos meses para hacer los preparativos necesarios, y se reclutaron cuarenta negros mas para repartirlos entre ambos buques. Cada uno de estos se armó con dos cañones de bronce; se les puso por nombre el *Rio Pardo* y el *Republicano*, y Garibaldi se encargó del mando del mayor, confiando el otro á su compañero Griggs. Esta singular flotilla comenzó desde luego sus operaciones y consiguió apoderarse á poco de varios buques pequeños. La escuadra de los imperiales se componia de treinta y un vapores, y á no ser porque los de alto bordo solo podian navegar por el canal y no por la laguna, habria sido imposible para Garibaldi resistir á tan superiores fuerzas. Los dos atrevidos marinos burlaban los esfuerzos del enemigo, sin que á este le fuera posible perseguirlos sino hasta cierto punto, porque habia muchos bancos de arena entre los cuales no podian pasar los grandes buques, y así es que los brasileños, que despreciaban al principio á la *flota rebelde*, vieron con disgusto que sus mejores buques se perdian, y que los mas pequeños iban cayendo poco á poco en poder del enemigo. Las hazañas de Garibaldi llegaron á ser conocidas en toda la América del Sur; era tal la rapidez de sus movimientos, tanta su osadía y tan esquisita su vigilancia, que la flota del Brasil acabó por temer á los dos célebres capitanes, considerándolos como séres sobrenaturales. Con los despojos de sus contrarios, Garibaldi equipó convenientemente á sus hombres, y en esto como en todo, dió una prueba de su ingenio, pues él mismo arregló los uniformes con tanta habilidad como si hubiese sido un sastre. Asi para construir un buque como para dirigirle y atender á todas esas pequeñas minuciosidades en que muchos no piensan, nuestro héroe era un completo marino.

Sucedia á veces que las dos corbetas, refugiadas en una ensenada ó entre algunos arrecifes, donde no le era posible al enemigo penetrar, no podian salir, pero entonces Garibaldi, hacia desembarcar

á su gente, tocaba en tierra, y transformando á sus marinos en guerrilleros, aparecia donde menos se pensaba para dar un atrevido golpe de mano de los que tanto asombraban á los brasileños.

A orillas de la laguna habia muchas quintas de recreo abandonadas por sus dueños desde el principio de la guerra, y en ellas se alojaba Garibaldi con su gente y guardaba los caballos, para los cuales habia suficiente pasto en los jardines, de modo que el valeroso jefe no carecia por entonces absolutamente de nada. Por lo que hace á sus fieles marinos, adorábanle como un ídolo, no solo por su intrepidez, sino tambien por su generosidad, por su compañerismo y por su carácter franco y leal, cualidades que es difícil encontrar reunidas en un jefe.

En el interior del país residian varias familias ricas, partidarias de la rebelion, y entre ellas contábase la del jóven Presidente Gonzalez, que vivia en una magnífica casa con sus dos hermanas Ana y Antonia y algunos otros parientes. Garibaldi, que habia trabado una sincera amistad con esta familia, la visitaba con frecuencia cuando le dejaban algun tiempo libre las operaciones de la guerra ó cuando se veia en algun apuro, y al hacer una de estas visitas, fué cuando conoció á la hija del Doctor Pablo Ferrara, llamada Manuela, de la cual se enamoró apasionadamente. La jóven americana no se mostraba insensible á las palabras del héroe, mas no le era posible corresponder á su pasion, porque estaba ya comprometida para unirse con el hijo de D. Bento Gonzalez, y por lo tanto, forzoso fué renunciar á tan dulce conquista.

Algunos años despues, al recordar Garibaldi sus aventuras amorosas, escribia lo siguiente: «Manuela era el ídolo de mi alma, y aunque no podia abrigar la esperanza de unirme á ella, érame imposible dejar de amarla. En cierta ocasion en que me ví en gran peligro, pude comprender que yo no era indiferente á la jóven, y esto bastó para consolarme y mitigar el sentimiento que me causó el no poder ser correspondido.»

El peligro á que se referia Garibaldi fué en verdad inminente, segun vamos á ver. La casa de Doña Ana se hallaba á bastante distancia de la laguna, y habiendo desembarcado Garibaldi, se dirigió á ella,

dejando á sus hombres cerca de allí para que se ocuparan en buscar los víveres necesarios. Muy poco tiempo despues, se recibió noticia de que el coronel Pietro de Albreca, conocido con el sobrenombre de *la Garduña*, habia desembarcado á corta distancia de aquel punto con setenta caballos y ochenta infantes, con objeto de capturar á Garibaldi y á su banda, y aquí notaremos de paso, que aquellas tropas constaban principalmente de mercenarios austriacos, es decir, los hombres á quienes mas aborrecia Garibaldi.

Nuestro héroe, que solo contaba con sesenta hombres, habia destacado doce para que practicaran un reconocimiento, pero volvieron poco tiempo despues asegurando que no se veia nada, lo cual no era de extrañar, porque habia una niebla muy densa, de la que se aprovechó el coronel Pietro para ocultarse á la vista de sus contrarios. Sin embargo, no fiandose completamente de las seguridades que le daban sus esploradores, Garibaldi diseminó parte del ganado que se habia comprado, pues en aquel país sirve para conocer la llegada del enemigo, porque le olfatea al momento y se muestra inquieto, pero viendo que aquel pastaba tranquilamente, creyó que la alarma seria infundada, por lo cual dispuso que se dispersaran sus hombres, unos para ir á pescar, otros para ir á cortar leña al bosque y los demás para buscar los víveres que aun se necesitaban. Garibaldi se quedó solo.

Entre tanto el coronel Pietro, con ciento cincuenta austriacos, atravesaba un bosque, distante solo unos quinientos pasos de la casa, y si hubiera seguido avanzando en silencio, es seguro que habria conseguido su objeto, pero la caballería comenzó á galopar, y esto bastó para que Garibaldi, que escuchaba atentamente, reconociera que sus enemigos se acercaban y que iba á ser atacado de un momento á otro. En efecto, á los pocos minutos los soldados rodeaban la casa, pero ya Garibaldi se habia parapetado lo mejor posible; el primer austriaco que se acercó cayó muerto de un balazo, y otros seis sufrieron la misma suerte, mas entre tanto el enemigo tomaba sus posiciones para cortar toda retirada. La única esperanza de Garibaldi se cifraba en que al oir los tiros corriera su gente á prestarle auxilio, y efectivamente, antes que los soldados tuvieran tiempo de ocupar todas las avenidas, vióse aparecer á Luis Carniglia entre el humo de la fusilería; poco despues presentáronse tambien, un vizcaino llamado Ignacio Balboa, un italiano, un francés y varios españoles, componiendo en todo un total de trece hombres, con los cuales hizo frente Garibaldi al enemigo causándole numerosas bajas. Aquella heróica defensa duró tres horas, y al cabo de este tiempo, herido el mismo coronel Pietro, aunque levemente, dió la órden de retirada, no sin dejar en el campo quince muertos y algunos moribundos. En aquel instante recibieron otro refuerzo los sitiados, cuyo número ascendia ya á treinta hombres, si bien murieron cinco de estos, y otros cinco quedaron heridos, tres de ellos mortalmente. Aquella era la primera vez que el coronel Pietro sufria una derrota tan vergonzosa, derrota tanto mas sensible para él cuanto que durante mucho tiempo habia sido el terror de los rebeldes en toda la costa. En cambio, la victória inspiró una ciega confianza á los insurgentes, y sobre todo á los atrevidos guerrilleros que habian rechazado á los austriacos.

Véase ahora lo que decia Garibaldi al hablar de aquel encarnizado combate:

«Para celebrar la victória, Doña Antonia nos convidó á un banquete en su quinta, distante doce millas de la casa donde tuvo lugar el combate, y en la fiesta que se dió fué donde supe que una hermosa jóven, que no era otra sino aquella á quien yo amaba, se hallaba muy inquieta por mi suerte, y preguntaba á todos con la mayor ansiedad si me habia sucedido alguna desgracia. Era esta una victoria mas dulce para mí que el sangriento triunfo que acababa de obtener. ¡Oh hermosa hija del continente americano! yo me hubiera considerado feliz uniendo mi destino con el tuyo, pero estaba escrito que habias de pertenecer á otro; la Providencia me reservaba esa otra flor brasileña cuya pérdida lloro aun y por la que lloraré toda mi vida. ¡Dulce madre de mis hijos! no te conocí en medio de la victoria sino en la adversidad y en el momento de un naufragio; mas que por mi juventud ó mi mérito personal, me amaste por mis desgracias. ¡Anita! ¡adorada Anita! tuyos serán mis recuerdos mas allá de la vida!»

Despues de la victoria alcanzada contra los austriacos, dispuso Gari-